



Revista de Fomento Social, 57 (2002), 335-343

El fenómeno de la globalización: una reflexión introductoria

————— *Joan BESTARD COMAS* * —————

1. Aclarando conceptos

El vocablo «globalización» es hoy en día un término omnipresente, bastante oscuro y con pluralidad de significados (polisémico).

Hasta hace muy poco, el término globalización no figuraba en ningún diccionario. Hasta su vigésima segunda edición, que apareció en el otoño de 2001, el Diccionario de la Real Academia Española no había incorporado todavía el término *globalización*. Cabían pocas dudas de que acabaría haciéndolo, pues pocas veces un vocablo había irrumpido con tanta fuerza en nuestras vidas. La definición que da la Real Academia de globalización es la siguiente: «Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales». Es ésta una definición primordialmente económica y, por tanto, reduccionista. La globalización nos afecta a todos y, desde luego, no es un fenómeno

* Profesor de Sociología en el Centro de Estudios Teológicos de Mallorca. Durante muchos años presentó un micro-programa diario de reflexión religiosa en Radio Nacional de España.

estrictamente económico, sino más amplio. Se trata de un proceso por el cual las políticas nacionales tienen cada vez menos importancia y las políticas internacionales, aquellas que se deciden lejos de los ciudadanos, cada vez más.

La globalización es, sin duda, un factor determinante en cualquier cuestión de nuestro tiempo y es, a su vez, un rasgo envolvente de la actual sociedad.

De entrada y, en general, se puede afirmar que la globalización es el acelerado e irreversible proceso de unificación de la humanidad. Es un mundo sin confines. Se empieza, sobre todo, a hablar intensamente de «globalización» cuando, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, deja de existir el *mundo bipolar* (EE.UU. y sus aliados – URSS y sus aliados), cuyo símbolo era el muro de Berlín.

La gran revolución electrónica–digital que ha hecho posible la superación de dos barreras que dificultaban la comunicación interhumana: la del *tiempo* y la del *espacio*, han convertido al mundo en algo más unsono, simultáneo y accesible para todos, si bien es mucho más accesible –hay que decirlo de entrada con toda claridad– para los que disponen de mayor riqueza.

La combinación de dos procesos, la *apertura del mundo* como consecuencia del fin de la guerra fría y el *desarrollo de la infotecnología*, ha dado como resultado ese fenómeno –la globalización– que hoy influye sobre la suerte de todos los seres humanos, independientemente del país o continente que habiten.

«Nadie –dice el economista Ángel Martínez González–Tablas– puede escapar de la realidad de que el mundo es más pequeño, de que todo está más cerca, de que hay interdependencias objetivas de rango global. En resumen, podemos recluirnos en el desierto, pero ni el mundo que lo rodea, ni su propia realidad material, quedarán al margen del proceso de globalización objetiva» .

El concepto «globalización» es pluridimensional; se está empleando cada vez más a todos los niveles de la interacción humana y en todos los ambientes: económicos, financieros, políticos, sociales, culturales, y es una de las connotaciones que más definen y caracterizan la vida social actual, en el mundo entero.

Por su etimología, el vocablo es muy antiguo. El descubrimiento de que la tierra no es una superficie plana, sino un globo esférico, es un viejo descubrimiento. Lo que es absolutamente nuevo es que todos los seres humanos que habitan sobre este globo esférico, han dejado de constituir conjuntos separados y autosuficientes para convertirse en un *único conjunto*, donde lo que

ocurre o se decide en un extremo del globo terráqueo, tiene consecuencias inmediatas en cualquier otro espacio del mismo globo. Este hecho no es solamente nuevo, sino revolucionario.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa quedó diseñado un modelo de sociedad internacional, que no tiene nada que ver con todo lo que hemos conocido hasta ahora. A partir de la desaparición del sistema de bloques, y de la configuración del mundo entero como una sola unidad, ha aparecido una nueva dimensión de todos los problemas económicos y políticos. Ningún asunto financiero, industrial, político o migratorio, puede ser ya resuelto si no es planteado a nivel global, es decir, mundial. *El mundo entero es una unidad*. Ninguna decisión política, económica, social o cultural tiene ya sentido concebida sólo a nivel de un Estado, y para un Estado. Ha nacido un nuevo marco de gestión política, económica, social y cultural: el mundo. El fenómeno de la globalización se está imponiendo como un hecho. La globalización no ha nacido por decisión de ninguna persona, ni de ningún grupo de poder. La globalización nos la hemos encontrado. El tráfico mundial de la información, del capital, de las mercancías, la rapidez de los transportes han acercado a los hombres y mujeres de todo el mundo y han dado origen a una nueva era de integración mundial donde todo está más interconectado.

La globalización avanza hacia una *unificación e integración* del mundo basada especialmente sobre la técnica y la economía. El término «*globalización*» fue forjado por los economistas, a principios de los años noventa, en su esfuerzo por explicar un estadio nuevo de la economía, marcado por su creciente internacionalización. Pero la globalización no puede quedar reducida al campo económico, es un fenómeno mucho más amplio y complejo. Sería un error considerar la globalización como un fenómeno exclusivamente económico. Existe también una globalización política, social y cultural. Si bien la globalización económica es la primigenia, la más vistosa, la que más suena y la que condiciona en gran parte a las demás.

Vivimos una intensa globalización de los fenómenos económicos, sociales, políticos, jurídicos y culturales y ésta influirá decisivamente en la sociedad del futuro. El rostro del planeta tierra ya está cambiando con celeridad. Estamos entrando de lleno en el ámbito de una nueva revolución: la «*revolución de la información*», o mejor dicho, la «*revolución del conocimiento*». El científico catalán Joan Majó describe con maestría esta *sociedad o revolución del conocimiento* con estas intuitivas palabras:

«A partir del siglo XVIII, en Europa, se hizo una transición de la sociedad agrícola a la sociedad industrial. Ahora hemos empezado una transición de la sociedad industrial a otra sociedad a la que se le atribuyen diversos nombres: sociedad postindustrial, sociedad electrónica, sociedad digital, sociedad de la información, sociedad del conocimiento. Tal vez de todos estos nombres el más acertado sea el de la «sociedad del conocimiento». Y esta «sociedad del conocimiento» ya no tiene como espacio ni la tribu, ni el clan, ni la ciudad, ni el Estado-nación. Tiene como espacio el planeta. En este momento, gracias al enorme proceso tecnológico, somos capaces de procesar cantidades ingentes de información, instantáneamente, de almacenarla en espacios absolutamente ridículos, por su dimensión, y de transmitir cantidades impresionantes a cualquier lugar de la tierra y del espacio. Todas las operaciones relacionadas con la información se han banalizado tanto, que se ha terminado la distancia, se ha acabado el tiempo y se ha reducido enormemente el coste. Es evidente que todavía pagamos por cada una de estas actividades, pero los costes se han reducido tanto, que pronto serán, prácticamente, nulos... El paso de la sociedad industrial a la sociedad del conocimiento comporta, sin duda, muchísimas ventajas personales y colectivas, pero al mismo tiempo es, claramente, una nueva causa de fractura social y crea nueva exclusión. Los descolgados de la red y, consecuentemente de la información y del conocimiento, serán los nuevos excluidos»¹.

2. El paradigma globalizador

Hoy el «paradigma globalizador» avanza a nivel planetario en todas las áreas del pensamiento y de la acción. La globalización nos permite una comunicación casi instantánea entre el lugar donde nos encontramos y cualquier ángulo del mundo. Y todo nuevo paradigma constituye un desafío y una necesidad de revisión crítica de nuestros esquemas mentales. El proceso globalizador será cada vez más intenso y acelerado, incidirá con fuerza en el siglo XXI y dibujará un nuevo tipo de sociedad.

No existe discurso político o intelectual en el momento presente que no termine refiriéndose de un modo u otro al fenómeno de la globalización y, sobre todo, a la globalización económica: internacionalización de los mercados financieros, deslocalización de empresas y sociedades, libre circulación de capital y mercancías y, en definitiva, «new economy» o economía del conocimiento.

Un efecto claro de la globalización es, sin duda, la puesta en marcha de una constante y rápida movilidad, de una movilidad gozosa (turismo) y de una movilidad forzosa (migraciones): dos fenómenos sociológicos muy destaca-

¹ MAJÓ, J. (1999), «El futuro de nuestro mundo. Globalización, tecnología, exclusión», en *Misión abierta*, 6, p.18.

bles en el momento actual y que, de seguro, alcanzarán un despliegue sumamente relevante en un futuro próximo.

La globalización es sinónimo de la creciente aceleración tanto de la concreta interdependencia global cuanto de la conciencia de la totalidad global. La globalización es, en síntesis, y dicho de una manera simple e introductoria, la *compresión* del mundo en un lugar unificado. El mundo se achica y se integra cada vez más, gracias a la robótica y a la telemática.

«Los pueblos se sienten cada vez más interdependientes y todos sin excepción están implicados en los mismos acontecimientos. El mundo está hoy tan interrelacionado que todo lo que acontece en un país tiene repercusiones inmediatas en el otro. El destino de la humanidad se juega en círculos cada vez más cerrados: la prosperidad y el progreso de cada país son, en parte, efecto, y en parte, causa de la prosperidad y del progreso de los demás pueblos»².

La globalización, hija de la revolución cibernética, reviste fundamentalmente cuatro aspectos que se refuerzan uno al otro:

- el aspecto económico;
- el aspecto de la información y comunicación;
- el aspecto político; y
- el aspecto cultural.

Sin el desarrollo intenso y acelerado que la cibernética y la informática han experimentado en estos últimos años, el debate sobre la globalización simplemente no existiría.

La realidad sociológica de la globalización y, sobre todo, su uso, se vieron influenciados por la idea de la *«aldea global»* expuesta por Marshall McLuhan en 1960. Y, hoy, nosotros podemos decir que en cada aldea hay un poco del mundo global. Pero «no debemos dejarnos llevar demasiado por el entusiasmo. El proceso de unificación mundial, hasta el momento, está muy lejos de haber creado en nuestro Planeta la atmósfera característica de una comunidad, pueblo o villa planetaria»³.

Lo que hoy llamamos *«globalización»* ha sido un proceso extremadamente

² PEREÑA, L. (2000), «Globalización sí, pero social. La globalización de la solidaridad será el nuevo reto del tercer milenio», en *Alfa y omega*, 215, p. 27.

³ GONZÁLEZ-CARVAJAL, L. (2000), *Los cristianos del siglo XXI. Interrogantes y retos pastorales ante el tercer milenio*. Santander, Ed. Sal Terrae, p. 20.

largo, irregular y complejo. La globalización política, social, económica y cultural ha venido gestándose a lo largo de todo el siglo XX y se ha acelerado, de forma destacada, a finales de los años ochenta y principios de los noventa.

La globalización es un cúmulo de vínculos entre las principales regiones del mundo y entre variados ámbitos de la actividad humana. Implica *cuatro cambios* diversos:

- 1º) extiende las actividades sociales, políticas y económicas a través de las fronteras políticas, las regiones y los continentes;
- 2º) intensifica nuestra dependencia recíproca con el progresivo aumento de los flujos de comercio, inversiones, finanzas, migraciones y cultura;
- 3º) acelera el mundo: la introducción de nuevos sistemas de transporte y comunicación implica un movimiento más rápido de ideas, bienes, informaciones, capitales y personas; y
- 4º) determina un mayor impacto de los sucesos remotos sobre nuestra vida.

La globalización no dictamina el fin del Estado-nación o la muerte de la política, pero implica que la política no se fundamente ni pueda fundamentarse simplemente sobre los Estados-nación. No podemos prever el futuro o saber cuáles serán los efectos finales de la globalización, pero ya podemos definir ahora el desafío central de la era global, repensando nuestros valores, nuestras instituciones y nuestras identidades de tal manera que la política pueda ser de verdad un medio eficaz para las aspiraciones y las exigencias humanas.

No es tiempo de pesimismo ni de falso optimismo. Lo que se impone es pensar de un modo nuevo. El marco ha cambiado. El contexto es radicalmente diferente. Lo que hoy necesitamos son soluciones eficaces para un mundo siempre más interdependiente.

La globalización: ¿amenaza o mito? Ni amenaza ni mito, sino realidad nueva que paso a paso (pero de gigante) está cambiando radicalmente el rostro del planeta Tierra y, sobre todo, revolucionando el mundo de la economía. Insiste sobre esta novedad el sociólogo Manuel Castells:

«Un nuevo mundo está tomando forma en este fin de milenio... Los chips y los ordenadores son nuevos; las telecomunicaciones ubicuas y móviles son nuevas; la ingeniería genética es nueva; los mercados financieros globales, integrados electrónicamente, que operan en tiempo real, son nuevos; y la economía capitalista interconectada que abarca todo el planeta y no sólo algunos de sus segmentos es nueva; la

ocupación de la mayoría de la mano de obra urbana en el procesamiento del conocimiento y la información en las economías avanzadas es nueva; una mayoría de población urbana en el planeta es nueva; la desaparición del imperio soviético y del comunismo, así como el fin de la guerra fría son nuevos; el ascenso del Pacífico asiático como socio paritario en la economía global es nuevo; el desafío general al patriarcado es nuevo; la conciencia universal sobre la conservación ecológica es nueva; y el surgimiento de una sociedad red, basada en un espacio de los flujos y en un tiempo atemporal, es nuevo en la historia»⁴.

Actualmente, la globalización se ha convertido en el debate por excelencia, sobre todo, en el campo económico-financiero y en el cultural.

Unos se refieren a la globalización como a un nuevo horizonte de futuro preñado de promesas, otros la aceptan como un reto ineludible con el que hay que contar, pero cargado de peligros; por fin, otros, la combaten como el signo inconfundible de un nuevo totalitarismo, el del «*dios mercado*».

3. Un fenómeno controvertido

Cuando hablamos de «*globalización*» nos encontramos, pues, ante un concepto no meramente descriptivo, sino también con derivaciones normativas o ideológicas, en el sentido de exigir y fundamentar determinadas conductas, así como de 'naturalizar' procesos sociales y sus consecuencias. Economistas, políticos, sociólogos, medios de comunicación, organizaciones de derechos humanos, agricultores, asociaciones de empresarios, pequeños comerciantes, escritores, músicos, ecologistas, personas preocupadas por cuestiones éticas hablan de globalización y, en torno a ella, están surgiendo partidarios exaltados y detractores furibundos, canonizaciones ingenuas y rápidas demonizaciones.

La globalización es un fenómeno muy controvertido que suscita temores y esperanzas; sobre él existen puntos de vista muy divergentes y encontrados. Para algunos autores, la globalización constituye una oportunidad –diríase que la gran oportunidad– de avanzar hacia mayores cotas de progreso y bienestar. Para otros, sin embargo, la creciente globalización es responsable de no pocos retrocesos y fracasos en la senda del desarrollo económico y social y, en el campo cultural, se le acusa de «*homogeneización*» u «*homologación*» empobrecedora y de «*masificación*» despersonalizante.

⁴ CASTELLS, M. (1992), *La era de la información: economía, sociedad, cultura. Fin del milenio* (vol. 3). Madrid, Alianza, pp. 387–388.

La globalización es un hecho que despierta fuertes emociones. Hasta el momento, en lo que he leído acerca de la globalización, he detectado más ideología que análisis. En torno a este polémico concepto, merodean más apologetas exaltados y detractores apocalípticos que analistas precisos y serenos, que también los hay. Al lado de estos últimos desearía alinearme. Lo intentaré, sin que esto signifique neutralidad aséptica ante este polémico fenómeno. La prestigiosa publicación española *Revista de Fomento Social*, en su número abril-junio del 2000, dedica su larga editorial, firmada por su Consejo de Redacción, al tema de la globalización, y su afirmación inicial es la siguiente: «La globalización suscita las reacciones más encontradas. Con nada que se haya reflexionado sobre ella (¿a veces sin haber reflexionado en absoluto?) se toma postura a favor o en contra. Se la canoniza o se la demoniza. Y siempre, con una fuerte dosis de simplificación. Por eso el debate es difícil: en él es casi imposible acercar posturas»⁵.

También me parecen muy lúcidas al respecto estas palabras del economista Guillermo de la Dehesa en su reciente obra *Comprender la globalización*: «Ni la 'globafilia', ni la 'globafobia' están totalmente justificadas. La globalización no es una fuente inagotable de beneficios para la humanidad como predicán unos, ni tampoco es responsable de todos los efectos perversos que le adjudican otros»⁶.

Pienso que es imposible parar la globalización. Es un fenómeno inevitable e irreversible. Lo que importa no es pararla, sino gobernarla y ponerla al servicio del bien común de la humanidad.

La globalización económica es un excelente mecanismo para generar riqueza, pero no para distribuirla. Hoy urge saber compaginar –tarea nada fácil– las exigencias económicas del mercado (eficiencia, competitividad, productividad) con las exigencias de la ética solidaria. El sociólogo Ralf Dahrendorf afirma que lo que importa es «saber cuadrar el círculo», es decir, saber combinar efectividad económica con solidaridad y cohesión social.

La globalización económica, que es la que más destaca, tiene aspectos positivos, innovadores y dinámicos, y también aspectos negativos, perturbadores y marginantes. Uno de los aspectos más perturbadores es éste: la prevalencia de la economía sobre la política.

⁵ CONSEJO DE REDACCIÓN (2000), «Editorial: Globalización integradora versus globalización excluyente», en *Revista de Fomento Social* 55, p. 143.

⁶ DEHESA, G. DE LA (2000), *Comprender la globalización*. Madrid, Alianza, p. 13.

La principal contribución de la Doctrina Social de la Iglesia al fenómeno de la globalización es el concepto de solidaridad. La solidaridad es la auténtica respuesta ética y teológica a la interdependencia. Juan Pablo II, el dos de mayo de 2000, en un discurso a dirigentes de sindicatos de trabajadores y de grandes sociedades, afirmó: «Una cultura global de la solidaridad debe equilibrar el proceso de la globalización económica».

La globalización es irreversible, pero necesita ser radicalmente enmendada. Ante ella se dan tres posiciones:

- Rechazo (grupos antiglobalizadores).
- Aceptación incondicional (grupos neoliberales promotores del «pensamiento único»).
- Aceptación crítica.

Para concluir, creo que la posición de la Doctrina Social de la Iglesia se ha de situar en esta tercera posición.